

CRONICA

HOMENAJE AL Dr. ALFREDO D. CALCAGNO

El 9 de marzo del corriente año falleció, en la ciudad de La Plata, el Dr. Alfredo D. Calcagno, eminente educador, psicólogo, pedagogo y hombre público, y que hasta el momento de su muerte fue Jefe titular del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Por primera vez y a lo largo de más de cincuenta años de docencia en la Universidad, gozaba de licencia —desde fines de 1958— por haber sido distinguido con la representación argentina ante UNESCO, en su sede de París. En noviembre de 1961 había regresado con la esperanza de superar aquí un mal físico que meses después habría de vencerlo ante el asombro y el dolor de sus innumerables amigos y discípulos.

A manera de modesto homenaje a su memoria —que queda a la espera de honras mayores— se publican a continuación los discursos que los representantes de los distintos claustros de la Universidad pronunciaron con motivo del sepelio de los restos del Dr. Calcagno, el 10 de marzo de este año. En la oportunidad hablaron el señor Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, Dr. José Peco; el señor Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Dr. Enrique M. Barba; el Jefe interino del Departamento de Ciencias de la Educación, Prof. Ricardo Nassif; el Prof. José María Lunazzi, en representación de los profesores; el Prof. Juan M. Sadi, en nombre de los graduados de la Universidad, y la Srta. Cyra Otelma Roux que lo hizo en representación de los estudiantes. Se transcribe el texto de sus discursos, con excepción del pronunciado por el Presidente de la Universidad, quien improvisó una elocuente oración fúnebre y que, a pesar de nuestros requerimientos, no ha querido reconstruir en el papel para no convertir en frío esquema lo que en su momento fue el reflejo fiel de una profunda y vívida emoción.

Palabras del Dr. Enrique M. Barba

Aún lo vemos atravesar los poblados y bulliciosos corredores de nuestra Facultad y dirigirse a su laboratorio que fue asiento de su cátedra y en parte, su hogar mismo. Allí forjó su rica, recia y desbordante personalidad. Solo, con la única e irrenunciable compañía de sus convicciones más caras, libró batallas memorables. Sus maestros, de los que con orgullo casi agresivo se consideraba hijo espiritual, habían sido víctimas de impugnaciones que consideró injustas. Fue un momento hondamente dramático. De él surgió con el perfil que todos le conocimos. No le arredraron las amenazas ni le importó comprometer su carrera que iniciaba brillantemente. Aceptó el reto y se entregó a la lucha. Restituyó al plano de la consideración y del agradecimiento del que habían sido desalojados, a maestros de méritos singulares y mostró de qué manera la altura de algunos petrinaces impugnadores sólo dependía del tamaño del pedestal al que se habían alzado. Al cabo de los años tuvo la dicha espiritual de ver de qué manera sus viejos maestros, a quienes había respetado y querido, eran honrados y elevados al paves de la consideración general.

Representaba todo lo bueno y todo lo noble de nuestra Casa y encarnaba el espíritu de la Facultad.

En ocasión de su cincuentenario como profesor, el desaparecido educador había dado, frente a la lección del odio, la lección del amor y la justicia. La Facultad de Humanidades al despedirlo, compromete su gratitud y su recuerdo.

Palabras del Prof. Ricardo Nassif

Traigo la palabra acongojada del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades, para despedir los restos mortales del Dr. Alfredo D. Calcagno quien, hasta ayer y pese al alejamiento transitorio que le imponían sus funciones en UNESCO, era el Jefe titular de nuestra Casa.

El Dr. Calcagno hizo tantas cosas y fue tantas cosas —pedagogo, psicólogo, historiador, demócrata apasionado, maestro siempre— que resulta imposible abarcarlo ni siquiera en parte en unas pocas frases que sólo quieren ser un adiós. Por eso apenas nos limitaremos a destacar algo de lo que le debe nuestro Departamento de Ciencias de la Educación que, creado por su

inspiración directa, es, en el itinerario de sus innumerables obras en la Universidad, la última, estrechamente unida a sus mejores sueños.

Estructurándolo sobre la base del Instituto de Pedagogía —para el cual el Decano de la Facultad ha solicitado ya al Honorable Consejo Académico el nombre del Dr. Calcagno—, montó el Departamento de Ciencias de la Educación, buscando darle una categoría acorde con una eminente tradición pedagógica que en la Facultad comienza con Víctor Merante y de la que Calcagno era hasta hace unas pocas horas, el más alto testimonio viviente. No obstante la tradición no fue nunca —para ese espíritu siempre joven— un obstáculo que impidiese la llegada de las nuevas ideas y los nuevos temas, sino muy por el contrario, el imprescindible punto de apoyo para renovarla y ampliarla. Por eso el Departamento —culminación de una larga pero fecunda lucha solitaria— tenía un lugar preferente en sus planes para el futuro. En este futuro —en el caso ya presente— estaba la Carrera de Psicología que él proyectara junto con el Instituto de Psicología de la Facultad ahora integrado a un Departamento independiente al de Ciencias de la Educación.

Tal como lo había concebido el Departamento de Ciencias de la Educación busca atender simultáneamente las necesidades de la carrera del mismo nombre (cuyo plan vigente desde 1959 es también obra suya, y las tareas de investigación a que nos llevaba con cordial obstinación. Incitó siempre a penetrar con originalidad en todos los aspectos de la teoría y de la práctica educativas, dando cotidianamente muestras de un poder de organización de la labor científica, que asombraba a quienes tuvimos el privilegio de trabajar a su lado.

Era tal su cariño por la institución, que no la olvidó en su alto sitial de embajador de la cultura argentina en París. Fue así como se lo vio obtener el apoyo de UNESCO para crear en el seno del Departamento un Centro de Documentación y de Información —de “investigación” prefería llamarlo— Pedagógicas, o bregar para que a partir de 1962 los latinoamericanos que se beneficiasen con las “Becas Argentina-UNESCO” de perfeccionamiento en ciencias educativas, las cumpliesen en la Universidad de La Plata. Justamente, pocos días antes de su muerte me dio indicaciones precisas sobre el posible programa de estudios para los becarios y nos prometimos mutuamente una larga charla para darle forma definitiva. Su programa, aunque trunco y apenas esbozado, será seguido.

Calcagno representó en el ámbito de la pedagogía y de la psicología argentinas la ampliación del método positivo. De ahí sus laboratorios y el instrumental de investigación psicológica construido con su propia mente y sus propias manos, de valor reconocido por los especialistas de todo el mundo que no darían crédito a las críticas injustas que le dirigieron quienes aquí no podían comprender el sentido y la dirección finales de su actividad científica. Aplicó el método positivo como un compromiso de no olvidar la concreta realidad del psiquismo, del espíritu y de la formación humanas. Sin embargo, se resistía denodadamente a que se lo considerase un positivista a la manera de sus viejos maestros. Estuvo siempre más allá del positivismo, y junto a las realidades que manejaba con su ciencia de hechos, hacía jugar con soltura las grandes ideas, las interpretaciones audaces y la potencia de su imaginación.

De ese modo fue estructurando una pedagogía de síntesis, de integración, que apoyada en la línea pedagógica argentina laica, progresista, popular y democrática, se proyectaba, se abría hacia un humanismo elevador del cual hizo un culto. Al unir ideales y hechos abrió un camino para la generación de pedagogos que él formó y para los cuales no tiene ya sentido la lucha entre positivismo y antipositivismo. Para convencerse de cómo lograba el Dr. Calcagno la conjunción de su humanismo elevador con el minucioso acopio de datos y, sobre todo, cómo veía esa simbiosis en la Universidad basta leer su brillante discurso en la última Asamblea General de UNESCO. Claro es que su humanismo —precisamente por ser tal— superaba las meras especulaciones y búsquedas del intelecto. Fue un humanismo ejercido en la vida misma, en su relación con las gentes que acudían a él en busca de consejo y orientación, en su amor por la belleza y en su militancia de la generosidad.

Muchas veces se ha dicho que sin salir de su ciudad y de su Universidad, el nombre del Dr. Calcagno había alcanzado trascendencia internacional, no sólo en América latina, en cuyos países están dispersos muchos de sus discípulos ilustres, sino en Europa. Lo comprobamos permanentemente por la correspondencia que recibimos en el Departamento, en la cual los pedagogos del más diverso origen mencionan su nombre. Y justamente en reconocimiento a sus méritos, el severo Instituto de Educación de Hamburgo lo incorporó a su seno, en setiembre de 1961, otorgándole una distinción no recibida antes por latinoamericano alguno.

Sus ideas pedagógicas están dispersas en cientos de artículos, en prólogos a libros y hasta en pequeñas notas al pie de páginas de obras que él hacía publicar y cuya versión castellana corregía con incomparable esmero. Desgraciadamente no dejó un libro orgánico que expresara sistemáticamente su pensamiento. Soñaba con hacerlo, pero no pudo realizarlo. Tanto se prodigaba a su Universidad, a sus alumnos, a sus amigos, en sus lecciones para la Facultad, que no le quedaba tiempo más que para acumular notas —algunas verdaderos capítulos de libros, otras completos planes de trabajo—, que ordenaba en grandes sobres y que constantemente releía con la callada angustia de no saber cuándo podría darles forma.

Quizás sea el mío un razonamiento egoísta. Para los que lo conocimos personalmente nos bastó haber estado cerca suyo porque nos dejó la huella imborrable de sus lecciones de vida. La lección de una conducta ejemplar de la cual formaba parte una vastísima sabiduría levantada en largas vigili-
as. Nos dejó la lección de la amistad. Ser amigo de Don Alfredo era algo así como sentir una fuerza vigilante que nos protegía no sólo de aquello que desde fuera pudiese dañarnos, sino también de los enemigos que a veces crecen en nuestra intimidad con las figuras de la decepción, la fatiga, el pesimismo. Nos dejó, pues, la lección del optimismo y de una honda alegría por poder vivir la vida buena y bella.

Los jóvenes que ahora ingresan a nuestra Casa no tendrán el privilegio de convivir con él. Pero lo conocerán por nuestro intermedio, pues hemos de mostrarles la riqueza de su ideario y les contaremos de la fecundidad de su vida. En este momento, el del adiós postrero a su presencia física, sentimos como nunca el deber de recoger su herencia y mantenerla como una llama que no se puede dejar extinguir.

Palabras del Prof. José M. Lunazzi

Provenía de una gloriosa fundación sarmientina, de la Escuela Normal de Mercedes, el joven maestro que como estudiante se incorporaba a la naciente primera facultad americana de Ciencias de la Educación. De allí traía el aura visionaria de Carlos N. Vergara, la didáctica renovadora de Alfredo J. Ferreira; canalizaría aquí su avidez de conocimientos con las técnicas y la analítica de la investigación científica desplegada por Víctor Mercante y Rodolfo Senet.

Muy pronto su nombre se unía al de los intrépidos jóvenes que la intuición del fundador convocara para la universidad nueva: Lugones, Rojas,

Marasso, Isnardi, Palacios, Arrieta; en lo alto, el númen tutelar de Joaquín V. González y Agustín Alvarez, Rodolfo Rivarola, Del Valle Iberlucéa, Spe-gazzini, Ameghino. ¡Nunca fue vista pléyade más brillante! Desde entonces, enraizado a la sabiduría clásica, pleno de modernidades, el saber argentino irradió hacia todo el continente y así América hispana fue una, pues, de todas sus tierras, legiones juveniles se allegaron al verbo renovador. Con razón escribió el maestro para aquella conferencia en la Universidad Korn, que la dictadura impidió dictar, que el meridiano educacional de América pasaba por La Plata. Desde aquel inicio, "magister magistrorum", todos los días de cincuenta años supieron de este joven apasionado, sumido en la severa tarea del laboratorio, sapiente y sonriente en la generosa entrega de la cátedra. Así le conocimos los ayer sus alumnos que hoy venimos a trasladar representativamente la honda conmosión del claustro, la admiración de sus colegas, la vigorosa presencia del ejemplo de un trabajo sin pausas y de una fe sin desencantos. Así enseñó, torneando y limando en el taller las piezas de su material de laboratorio, trasladándose con sus alumnos del aula a la escuela o al colegio —centros vivos de experimentación— y, "magister et mater", horas y horas enseñando a trabajar a sus discípulos, brindándoles su afecto, aconsejándoles en su incertidumbre, estimulándolos ante sus desazones e irradiando sin ostentación la magnificencia de su saber y la confianza incoercible en el mundo propio de la verdad y de la belleza, de la paz y de la cultura.

Ya vendrá la hora de compilar este prolífero derroche de saber y de amor, que caracteriza la vida fervorosa del catedrático que jerarquizó, en estructuras científicas, las disciplinas de la educación, y que dijo en actos que la máxima sabiduría del educador se asienta en el corazón.

Hombre del trabajo callado, sintió en su hora que fuera de la cátedra y del laboratorio, contra la cátedra y el laboratorio, para quebrar el viril empuje juvenil y el ansia progresista de los hombres de la cultura, los poderes de la negación se desataban. Dijo en actos que la cátedra debía ser escuela y militancia de ciudadanía. Y, en 1930, en las noches de la opresión, el profesor era enlace en las tareas libertadoras de sus alumnos, refugio ante la persecución, aliento en el combate. Más tarde aherrojada la casa de la enseñanza, transformó la suya en símbolo y en baluarte, sencillamente, firmemente, sin computar la pena y sin calcular la honra. Por eso levantamos hoy su nombre y su vida, para que los estudiantes de ahora, para que las generaciones que vienen, entiendan como sienten su misión los catedráticos

de la auténtica universidad libre, los docentes de la ciencia y de la libertad, los severos maestros y los cordiales compañeros de estudiantes y de graduados.

Unidos en este momento ante un hombre que sabía bien claro lo que era la muerte, y que orló de austera dignidad su vida, todas las gentes de la casa de Humanidades, con diferencia de matices, ratificamos esta consagración de la cátedra al trato sin dogmatismos que hiciera que Calcagno fuera amigo y maestro de jóvenes de todas las creencias y de todas las ideologías. Pedagogo por ciencia y por conciencia unió doctrina y práctica diaria del mutuo respeto y de la leal comprensión. Sabía que la educación y la cultura eran herramientas poderosas, tremendas herramientas para la unión de los pueblos, para la liberación de las mentes, para el mundo de ese hombre que van plasmando los profetas imperecederos de la ciencia, del arte, de la justicia.

Como estas ideas eran en él vigorosas convicciones, afrontó los azares de la vida pública sin descuidar un momento las tareas de la cátedra, sin llevar a ella la acritud de los antagonismos y la parcialidad de las banderías. Hombre de militancia partidista, postuló una política educacional no de un grupo, no de un sector, sino la magna política de la educación argentina. Ella quedó expresada en un libro en colaboración del que nos confiara, que resume todo su ideario educativo. Y queda también impresa en sobria carta de despedida, ya embajador y en viaje a París, dirigida a la Federación Universitaria de La Plata; inexplicablemente retenida, esperamos no se demore más su publicidad. Digamos las síntesis, Escuela común, popular, completa, democrática, laica, libre.

Y recojamos en despedida su última clase, en los días de diciembre de 1961 en la Asamblea Americana de la UNESCO: el trabajo fundamental, urgente, casi exclusivo de la UNESCO y de todos los luchadores de la cultura, de los hombres de educación de todos los hemisferios y de todos los países, el sentido sublime del arte, el esfuerzo magno de la ciencia, solo valen y valdrán esencialmente si se ponen al servicio de la finalidad de la paz y de la fraternidad de todos los pueblos del mundo.

A ese postulado que condensa el significado de la fecunda vida de Alfredo Calcagno, no sólo rendimos homenaje sus discípulos y sus colegas, sino que lo hacemos lema y sentido de nuestra propia acción docente. Como él lo quería, profesores, graduados y estudiantes, marcharán junto al pueblo de estas tierras, desde esta ciudad que, estremecida hoy por la muerte del maestro, ha vuelto a sentirse la ciudad universitaria, para desde su universidad basal, volver a concitar a América para el nuevo mundo del hombre.

Palabras del Prof. Juan M. Sadi

La ausencia del maestro Alfredo Calcagno (esta vez definitiva) es la ocasión más dura para un examen de conciencia universitario; por eso los graduados de la Facultad de Humanidades, el Centro de Graduados de la misma y la Federación de Graduados de la Universidad Nacional de La Plata, vienen, por mi intermedio, a rendirle ese homenaje que hubiera sido tan grato a su espíritu batallador, constructivo y examinador.

Este examen de conciencia ha de ser el análisis de todo cuanto realizó en medio siglo al servicio de nuestra Universidad, Don Alfredo D. Calcagno. Conoció, adolescente, la casa donde resonaban fundadoras las lecciones de Joaquín V. González, y en la que aparecían las voces jóvenes y proféticas de Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. Recorrió el *cursum honoraris* de la vida universitaria hasta ser el símbolo que encarnaba los modos de vida y los propósitos de grandeza de nuestra Universidad. No es hora de biografías, sino el instante de subrayar cuánto hizo el maestro Calcagno por nuestra casa de estudios. Digo mal, no lo hacía sólo por nuestra casa de estudios, sino que, cuanto constituía la vida universitaria, integraba su quehacer vital, su labor de cada día. Consustanciado con ella, participaba de la renovación creciente de nuestros métodos de enseñanza, se trataba de una escuela para niños o de la formación de postgraduados. Todo le preocupaba, y para todo procuraba —y lo que es más importante, encontraba— una solución feliz. Quizás por haber sido uno de los primeros graduados, fue ferviente partidario de la participación de los graduados, no sólo en el gobierno de la Universidad, sino de su participación en los diversos aspectos técnicos que hacen a la vida universitaria.

Su obra de pedagogo ha trascendido hasta los centros más importantes donde se perfecciona esta disciplina; pero el magisterio mayúsculo de Alfredo D. Calcagno es el ejemplo permanente que asumió para exaltar la dignidad universitaria. Los graduados que fuimos sus alumnos, sabemos que nada antepone a sus ideales y a sus deberes de maestro universitario y que puso en cada una de las jornadas duras que le tocó vivir, su más noble entusiasmo y su más certera arremetida para defender una Universidad donde el estudio fuera cultivado en el clima más puro de las libertades ciudadanas.

Las fuerzas extraviadas de la ceguera, anticipo de la dictadura que soportó el país, lo encontraron firme y pujante en las jornadas del 45, como defensor aguerrido de la más limpia tradición democrática argentina en nuestra

Universidad. No temió entonces —no lo temería nunca— el atropello de las fuerzas retrógradas y totalitarias, porque su escudo más recio estaba forjado en temple de austeridad y de lucha.

De esa lucha dan testimonio sus discípulos que lo escucharon en el aula: ellos darán —y lo están dando— el de aquella terca voluntad de construir, mal que le pesara a sus adversarios enceguecidos. Y el testimonio final de su consejo y su preocupación, aún en su lecho de muerte hasta ayer mismo, en que lo veíamos debatirse para no morir, merced a un corazón empecinado que se obstinaba en continuar latiendo, para seguir luchando por nuestra vida universitaria, que era, para Alfredo D. Calcagno la mejor vía para la solución de los problemas argentinos.

Nuestro examen de conciencia comienza hoy y se proyectará en los días por venir: este es el compromiso que asumimos hoy, y es el homenaje mayor que los graduados de la Universidad Nacional de La Plata, en su más pura función universitaria, ofrecemos al espíritu batallador, constructivo y examinador de nuestro maestro Alfredo D. Calcagno.

Palabras de la Srta. Cyra O. Roux

En nombre de los alumnos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, heme aquí, sin saber cómo y de qué forma, manifestar el sentimiento que nos afecta ante el alejamiento definitivo de nuestras aulas del que fue para nosotros y para los que nos precedieron, el maestro Alfredo Calcagno.

He dicho "Maestro", y quiero expresar con esta palabra nuestro reconocimiento al hombre que convirtió a la educación en el fuego interior que alentó toda su vida.

Supo penetrar en el corazón de todos los que tenían una inquietud, y a través de una cordialísima amistad, estimuló, alentó, exigió, avivó los valores humanos en formación, construyó y creó cultura, respetando la personalidad emergente, con plena conciencia de su responsabilidad ante la sociedad.

Todo aquél que por diversas circunstancias tuvo oportunidad de acercarse a él, y no hablemos ya de los que somos y fueron sus alumnos, porque es obvio, sino de aquellos otros, ajenos por completo a su actividad educadora, que una vez relacionados con él no podían sustraerse a ese sentimiento magnífico que se desprendía de su personalidad, que infundían fe y confianza

para hacer nuestras vidas dignas de ser vividas, dirigiéndolas hacia el mundo de las más grandes dignidades humanas.

Al darle la postrer despedida al Maestro Calcagno, quiero expresar nuestro agradecimiento, por el ejemplo de su vida recta y clara, dedicada a orientar impulsos, guiar ideales, iluminar vidas y proyectarlas al futuro en generosa empresa de bien común.